

Seix Barral Biblioteca Breve



**Beatriz Rodríguez**

Cuando éramos ángeles





**Seix Barral** Biblioteca Breve

---

# **Beatriz Rodríguez**

## **Cuando éramos ángeles**

---

© Beatriz Rodríguez Delgado, 2016  
C/O DOS PASSOS Agencia Literaria  
© Editorial Planeta, S. A., 2016  
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: enero de 2016  
ISBN: 978-84-322-2569-7  
Depósito legal: 27.742-2016  
Composición: Àtona - Víctor Igual, S. L.  
Impresión y encuadernación: Black Print, CPI.  
*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

---

<b>11</b>	Un aperitivo
<b>15</b>	Sangre encebollada
<b>27</b>	<i>Eugenia</i>
<b>39</b>	Habichuelas en escabeche
<b>55</b>	<i>Las chicas están bien</i>
<b>67</b>	Gazpacho de culantro
<b>83</b>	<i>Putas en cal</i>
<b>95</b>	Costillas adobadas
<b>105</b>	<i>El amor de Fran Borrego</i>
<b>117</b>	Un suspiro de pe(s)cado
<b>131</b>	<i>El Loco Sebastián</i>
<b>143</b>	Bacalao dorado
<b>155</b>	<i>Cuando éramos ángeles</i>
<b>167</b>	Ajoblanco
<b>181</b>	<i>Rock and roll is dead</i>
<b>193</b>	Asadura
<b>207</b>	<i>Todos los hijos de puta se parecen a sus padres</i>
<b>217</b>	Migas con sardinas
<b>229</b>	<i>La novia vestida de rojo</i>
<b>239</b>	Y de postre...

---

## SANGRE ENCEBOLLADA

El cuerpo de Fran Borrego estaba boca arriba, con los dedos índice y pulgar de la mano izquierda manchados de sangre. Los ojos, todavía abiertos, mantenían una expresión de sorpresa y pánico que seguramente habría mitigado el dolor causado por el golpe en la cabeza.

«Debió de tocarse la herida antes de caer», dijo Celestino, uno de los dos policías comarcales que patrullaban por Fuentegrande. Su compañero, Ángel Crespo, había recibido el aviso de la guardia forestal hacía un cuarto de hora. Se dirigían a hacer el primer control de la mañana en la carretera nacional que accedía al pueblo, pero, al saber que se trataba de Fran Borrego, dieron media vuelta y subieron rápido los diez kilómetros de puerto de montaña que separaban Fuentegrande del resto de la civilización.

Antes de ver el cadáver hablaron sobre la po-

---

sibilidad de que le hubiera dado un infarto, y a Celestino le extrañó; Fran debía de tener cuatro o cinco años menos que él, que estaba rozando los cuarenta. Era demasiado joven para eso. Sin embargo, cuando vio el cráneo abierto y los ojos de pánico del cadáver, pensó que no era demasiado joven como para que alguien quisiera cargárselo. De hecho, se lo estaba buscando desde hacía mucho tiempo.

«La sangre tiene que ser de pollo, porque es la que tiene el sabor más dulce», le dijo Chabela, la dueña del Hostal Las Rosas, a Clara Ibáñez cuando ésta entró en la cocina y dijo: «Qué asco, por Dios, ¿y así quieres que coma?».

Desde hacía unos meses, Chabela estaba empeñada en engordar a su mejor huésped y cocinaba todos los días lo que ella consideraba exquisiteces de la tierra. Como casi todas las grandes cocineras, consideraba que la narración de sus platos era fundamental para abrir los sentidos, pero, mientras le contaba: «Picas dos cebollas y dos ajos y los sofrías en una sartén con aceite de oliva virgen y una hojita de laurel; cuando la cebolla esté pochada, añades la sangre que previamente has cortado en daditos», a Clara le dio una arcada tan grande que tuvo que salir de la cocina; bebió un poco de agua de la jarra que Chabela tenía siempre en el mostrador de recepción y se

---

dispuso a salir del hostel, no sin antes oír a lo lejos el discurso ininterrumpido de su casera: «Le añades un vaso de vino blanco, cuanto más rico, mejor, y dejas que se cueza unos veinte minutos».

Clara Ibáñez salió a correr como todas las mañanas por los diez kilómetros de puerto de montaña que «separan Fuentegrande del resto de la civilización». Era ella la autora de la frase, pero, aunque mucha gente en el pueblo pensaba algo parecido, no había vuelto a repetirla desde que tuvo un encontronazo en el bar del Hostel Las Rosas con un viejo que le dijo que en Fuentegrande no gustaban las forasteras con pinta de puta que se hacían las graciosas. Clara supuso que era porque llevaba un pantalón de correr muy corto y una camiseta rosa que le dejaba la barriga al aire. Le hizo gracia pensar que aquel hombre consideraba ofensiva la ropa de deporte y comprobar, una vez más, el rechazo hacia lo desconocido que imperaba en el pueblo, especialmente si lo desconocido tenía algo que ver con una mujer que salía a correr sola por la carretera, a cuento de qué.

Como ya hacía bastante calor, aquella mañana también llevaba los pantalones cortos y la camiseta con la barriga al aire, aunque ésta era negra y tenía unas gruesas tirantas que le sujetaban la espalda. Salía del hostel todos los días antes del amanecer y hacía unos cinco kilómetros del

---

puerto, aunque casi nunca conseguía terminar los de subida, porque eran los más empinados, y llegaba al pueblo andando a paso rápido. Éste era el momento que menos le gustaba, la carrera de fondo le permitía dejar la mente en blanco, pero con el paseo empezaba a darle vueltas a la cabeza y, en muchas ocasiones, decía frases sueltas en voz alta, como si el asfalto fuera un psicólogo, o un confesor.

Clara Ibáñez había llegado a Fuentegrande para dirigir el periódico comarcal *La Velaña Información* junto con Marcos, su marido, que había nacido en aquella zona y cuyo sueño desde que terminó la facultad fue volver a vivir en alguno de los pueblos de la comarca, trabajar como periodista *freelance* y llevar una vida tranquila de paseos por el campo y excursiones a las playas cercanas. A Clara le pasó algo un tanto extraordinario: toparse con lo que ella consideraba un buen hombre en un momento en el que andaba bastante desencantada con la idea del amor, y decidió que podía construir su realidad alrededor de la realidad de Marcos, si el trabajo continuaba siendo más o menos interesante y la vida con él seguía proporcionándole la dosis adecuada de sexo y compañerismo con la que cualquier persona puede transitar con facilidad hasta la vejez, tal vez un poco menos.

No le salió del todo mal, porque consiguió que un grupo importante de telecomunicaciones



---

en el que había trabajado invirtiera en un periódico comarcal con versión digital gratuita: ella dirigiría el periódico y él, que quería pasear, la versión digital.

La oscuridad se instaló en la vida de Clara Ibáñez una mañana de finales de verano. No llevaban más de dos meses viviendo en la nueva casa de Fuentegrande cuando Marcos se despertó con un dolor insoportable en el pecho. Al llegar la ambulancia, una hora después, se la encontraron de rodillas en el suelo del salón, con el cuerpo muerto de su marido en los brazos.

Convertirse en una viuda de treinta y cinco años que vivía en un pueblo de menos de mil habitantes era algo que Clara Ibáñez no supo digerir. Nunca había sabido afrontar con normalidad el dolor; tenía desde pequeña un rechazo disfrazado de pragmatismo ante las situaciones dramáticas, pero el día del entierro creyó que aquel vacío que Marcos dejaba nunca permitiría que la vida volviera a tener ese carácter apacible que, pensaba ella, tanto necesitaba. Cerró con llave la casa en la que no quería volver a poner un pie, se instaló en el Hostal Las Rosas y se dedicó a sacar el periódico adelante trabajando doce horas diarias, emborrachándose los fines de semana con Chabela y corriendo todas las mañanas hacia la mitad de un camino que llevaba a la civilización.

Por allí iba aquella mañana en la que vio pasar a más de cien kilómetros por hora el coche de la

---

policía comarcal. Normalmente, Celestino se paraba y le decía alguna burrada, así que le extrañó no percibir ni una mirada de refilón por el espejo retrovisor; también le extrañó ver una ambulancia en la entrada del pueblo, en la esquina de la taberna de Justo, donde estaba prohibido estacionar porque era una curva muy cerrada. Se acercó sin mucho disimulo, pero sólo consiguió ver la cara pálida de Ángel Crespo, la mole de cien kilos del cuerpo de Fran Borrego subida a una camilla y a Celestino dirigiéndose a ella mientras le decía que se fuera de allí inmediatamente.

Cuando todos se calmaron un poco, especialmente los dos policías, que al parecer conocían a Fran desde que eran pequeños, Clara consiguió averiguar que el cuerpo lo habían encontrado en el Pino de Rocafría unos turistas que paraban en Cansinos, la capital de la comarca. Todavía no se sabía nada más, tenían que esperar a que viniera un forense porque Alfonso, el médico, estaba de viaje. «Qué casualidad, coño, no trabaja nunca y para una vez que nos hace falta no está», dijo Celestino mientras miraba fijamente la buganvilla que había en la puerta de la taberna de Justo.

La comarca de La Velaña era una zona que albergaba los diez pueblos situados en la falda de la cordillera más grande del país. La mayoría de ellos tenían fácil acceso por carretera a una zona de playa muy amplia, pero, entre pueblo y pue-

---

blo, había numerosos valles de encinas, castaños y nogales, por lo que al turismo de playa de toda la vida se había sumado desde hacía un par de décadas el turismo rural. Además, había numerosas empresas especializadas tanto en chacinas como en productos de mar enlatados y salmueras. Una zona rica en la que Fuentegrande había sido históricamente el pueblo menos favorecido, ya que el puerto de montaña establecía en la antigüedad una frontera física difícil de franquear, que en la actualidad se había convertido en un límite psicológico instaurado en la estrechez de miras de sus habitantes, defensores de la economía reducida que proporcionaban al pueblo los productos de las huertas. El turismo rural requería una infraestructura muy costosa, por el difícil acceso a los valles, y la zona de playa que le pertenecía estaba dividida entre un parque natural, sobre el que no se podía construir nada, y una zona militar, cedida a las tropas norteamericanas en la época de la dictadura. Lo único realmente de valor que tenía Fuentegrande era el agua. La montaña sobre la que reposaba el pueblo era una gigantesca bóveda de la que manaban numerosos manantiales que, bien gestionados, podían convertir el lugar en el abastecedor de agua más importante no sólo de la comarca, sino de toda la provincia.

Cansinos, la capital de la comarca, era en realidad un pueblo grande, cercano a las playas. Apar-

---

te del casco antiguo, asediado por numerosas urbanizaciones que nada tenían que ver con la arquitectura original de la zona, el paisaje de Cansinos estaba cubierto de edificios de diez plantas pintados de colores chillones, centros comerciales, parques empresariales y hoteles gigantes. Curiosamente, y gracias al empeño de Clara Ibáñez, la sede de *La Velaña Información* seguía estando en Fuentegrande, aunque la «sede» no era más que un despacho situado en la planta de arriba de la caja rural, que estaba en la misma casa —jamás eso habría podido llamarse edificio— en la que se encontraba el ayuntamiento.

Desde la ventana de la oficina se veía la iglesia de San Nicolás, que presidía la plaza del pueblo, de la cual salían cinco calles principales sobre las que se iban ramificando, casi en círculo, otras callejuelas de piedra, no aptas, en opinión de Clara, para los tacones que se ponían las jovencitas en las procesiones de Semana Santa, y de cuestras imposibles que fortalecían, de una manera realmente curiosa, los gemelos de las numerosas ancianas que seguían fingiendo sus vidas entre visillos y rezos.

Clara entró en la oficina a las ocho y treinta y cinco, veinticinco minutos antes de lo que era habitual, y pilló a Auxi, su ayudante, hablando por teléfono con el novio mientras se hacía un trabajo de primera sobre sus uñas de porcelana con una lima enorme.

---

Pese a no compartir el universo estético de Auxi, en el que el tacón de punta fina blanco se consideraba fondo de armario, los vaqueros eran inapropiados para ir a trabajar, las mechas desprendían señales de prosperidad y conservar un moreno de terraza acartonado y sin brillo desde abril hasta octubre era el *súmmum* de la belleza, Clara no podía quejarse de su trabajo. Además de llevar toda la administración y de tener perfectamente coordinados los artículos de los numerosos colaboradores del periódico, se tenía camelado al chico de la imprenta de Cansinos y conseguía colar la publicación, aunque llevasen medio día de retraso. El único problema era que Clara no había visto sonreír a Auxi en la vida. Tenía novio, algo importante para la sociedad fuentegrandina, muchas amigas y unos impresionantes ojos azules que sabía utilizar a la perfección. Desprendía, además, cierto aire de *femme fatale* un poco rural aunque efectivo, que desde el primer momento a Clara le había parecido una pose, pero llevaban casi un año trabajando juntas y las comisuras de los labios de Auxi no se habían elevado ni medio centímetro. Al principio, pensó que se debía a que la chica le tenía algo de miedo, e incluso intentó que charlaran sobre el asunto. Cuando Clara le preguntó si tenía algún problema con ella, Auxi la miró como si fuera una extraterrestre con sus fríos ojos azules y dijo que no, claro que no. Clara zanjó en ese

---

momento el asunto, convencida de que la respuesta real era otra, aunque repitiéndose una y otra vez que ya no tenía edad para preocuparse por esas tonterías.

Encendió el ordenador y, antes de revisar las noticias de Nacional e Internacional que le enviaban las agencias, para después ponerse con la agenda de Cultura, Sociedad y Política, decidió escribir un obituario por la muerte de Fran Borrego. Al fin y al cabo, había sido uno de los principales patrocinadores del periódico y su familia era la dueña de más de la mitad de las huertas que rodeaban Fuentegrande, aunque ella, personalmente, sólo se había cruzado con él en un par de ocasiones. Sabía que Fran estaba casado con Rosario, la hermana de Alfonso, el médico del pueblo, y, en opinión de Clara, uno de los pocos hombres con los que se podía hablar en Fuentegrande sin que peligrase la integridad física o mental. Rosario, junto con su hermano, era la heredera de una de las huertas más grandes de la montaña. Las demás huertas, de eso se enteró después, las habían ido comprando poco a poco. Clara también sabía que Fran tenía un hermano menor, Nicolás, que no solía aparecer mucho por el pueblo, y un socio, Tomás, que poseía las dos huertas que restaban. Hizo sus cálculos y dedujo que, poco a poco, Fran se había ido apropiando de todo el terreno privado que rodeaba Fuentegrande.

Antes de hablar con el concejal de Urbanismo

---

para saber qué territorio libre le quedaba al ayuntamiento, recordó que Fran también tenía un niño de dos años. Eso encajaría bien en lo de «querido padre y esposo» de las cinco líneas que acababa de escribir para el obituario.